

La representación del cuerpo en el adulto mayor

Autor: COLANZI IRMA

E – mail: irma_ciro@hotmail.com

Institución: Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata

Resumen:

El presente trabajo se enmarca en el proyecto de investigación “Modalidades actuales del envejecer y proyectos de vida”, en el que se abordan distintas problemáticas propias de la longevidad, como plus de vida no representado. La temática de la investigación es abordada por medio de una metodología de enfoque cualitativo, a partir de entrevistas en profundidad realizadas a adultos mayores.

La problemática específica que se desarrollará en el trabajo es la representación que el adulto mayor tiene de sí a partir de la percepción de su propio cuerpo. El desarrollo de esta problemática en particular, obedece a que a través de nuestras investigaciones y en consonancia con lo desarrollado por diversos autores, se ubica al cuerpo como un escenario propicio que permite a través de su observación y conocimiento pensar el trabajo elaborativo del envejeciente.

En cuanto a la tarea psíquica que impone el cuerpo envejecido, se sitúan dos posibles respuestas frente al mismo: la elaboración psíquica como conciencia de finitud, que permitiría la aceptación del nuevo cuerpo y la inclusión de éste en la creación de proyectos; o bien el rechazo del cuerpo envejecido limitando las posibilidades de crear proyectos acordes a la longevidad. Estas dos posibilidades permiten pensar en un trabajo de duelo frente a la percepción del transcurrir del tiempo en el cuerpo, o bien, en una “revuelta anímica contra el duelo” (Freud, 1915), lo cual daría lugar a una negación por parte del adulto mayor de la percepción de sí que genera dolor.

Se hará referencia a las respuestas frente al cuerpo ideal imperante, contemplando el significado cultural que se le otorga al envejecimiento en el varón y la mujer, lo cual supone la instauración de un ideal regulatorio de cuerpo y a la naturalización de las respuestas frente al mismo, plateando una universalización de las mismas, y la consiguiente invisibilización de la diversidad de posturas frente a la realidad del cuerpo envejecido.

A modo de conclusión se plantea la construcción de la imagen del cuerpo como un proceso psíquico continuo, condicionado tanto por el imaginario histórico-social, como por la historia subjetiva propia –en este caso- del envejeciente.

Esta última estaría determinada por la operación de “poner en memoria” y “poner en historia” (Aulagnier, 1991) los elementos constituyentes del sujeto, propios de un psiquismo en el que la permanencia y el cambio se encuentran en “estado de alianza”.

Es posible visualizar, a través de los dichos de nuestros entrevistados, la diversidad en cuanto a las posibilidades de elaboración de la conciencia de finitud y el desarrollo de actividades que contemplan los cambios registrados en el cuerpo envejecido, tanto desde un nivel periférico (arrugas, canas) como cenestésico (fuerza y resistencia), incorporando los mismos a nuevos proyectos posibles, en función de sus propios deseos, en el cada vez más prolongado tiempo que queda por vivir.

Palabras claves: longevidad – cuerpo – elaboración psíquica – rechazo.

Trabajo completo:

Introducción

El desarrollo de este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación “Modalidades actuales del envejecer y proyectos de vida”. A partir de las entrevistas realizadas a adultos mayores, en el desarrollo del mismo, se puede ver reflejado en sus dichos que la longevidad aparece como una novedad, y al mismo tiempo como “plus de vida” no representado.

El cuerpo es el escenario privilegiado de diversas problemáticas que se sitúan en la vejez, dado que como expresa Ricardo Iacub “el tiempo se hace cuerpo en la vejez y se presenta como despiadado” (Iacub, 2006), y es por esto que impone un trabajo psíquico, que podría posibilitar la formulación de nuevos proyectos de vida que contemplan las nuevas posibilidades del adulto mayor.

La representación del cuerpo envejecido se anuda de manera estereotipada a la idea de deterioro, que está marcada por un ideal imperante del cuerpo joven, activo y productivo. Asimismo, se sostiene una concepción de “cuerpo medicalizado”, producto de discursos que atañen a una postura socio – económica y cultural en la cual todo cuerpo que no responde al “ideal” es un cuerpo residual.

La idea de deterioro en relación al envejecimiento es sometida a análisis por Freixas, quien postula que se hace un uso peyorativo del lenguaje asociado al

envejecer es por esto que se emplea la palabra deterioro, cuando en realidad el cuerpo del adulto mayor da cuenta de un “cambio programado genéticamente que muestra capacidad de desarrollo, el cambio y el ejercicio de nuevas actividades. La palabra *pérdida* (algo que se tenía y ya no se tiene), en lugar de emplear el concepto de *evolución* que muestra que nos encontramos ante algo que se va transformando, que pertenece al calendario evolutivo, que es ciertamente inevitable pero no por eso forzosamente negativo. Se utiliza el término *enfermedad*, confundiendo los cambios que tienen lugar en nuestro cuerpo que se deben a la edad con un trastorno” (Freixas, 1997).

Homero nos dice: *“Me preocupa, creo que como a todos, pero no se si más que a otros, el deterioro. Eso me preocupa mucho, me preocupa la sensación de dependencia y de decrepitud que puede tener un individuo cuando se va...*

El hecho de no estar en condiciones de hacer ciertas cosas....todas esas cosas que casi son ineludibles y el deterioro, sobre todo, me preocupa como ser lo que uno ve, esa sensación de gente arrumbada en un geriátrico, no digo que vivan más sino que mueren más lentamente.....”

La representación que suscita el cuerpo envejecido

En función del análisis realizado a partir de los emergentes de las entrevistas realizadas a envejecientes, se puede recortar una problemática particular: la representación que el adulto mayor tiene de sí a partir de la percepción de su propio cuerpo. El cuerpo se instaura como un escenario propicio que permite a través de su observación y conocimiento pensar el trabajo elaborativo del adulto mayor.

La percepción de este cuerpo “exige” al envejeciente hacerle frente a la “conciencia de finitud”. Durante la juventud, la propia muerte es una representación abstracta que no guarda relación ni incide en la cotidianidad del vivir. En cambio, en el envejeciente, a partir de la percepción y del encuentro con su imagen, (“yo horror”, D. Singer, 2007) la representación de la muerte en el adulto mayor deja de ser abstracta y pasa a ocupar un lugar central que concierne a todas las actividades cotidianas.

A partir de los dichos de los entrevistados, se sitúa –tomando algunos desarrollos de Diana Singer (2007)- que este cuerpo, tanto desde un nivel periférico (arrugas, canas) como cenestésico (fuerza y resistencia), exige al aparato psíquico un trabajo de elaboración en tanto *enfrenta al sujeto a la muerte a partir de un cuerpo como real insoslayable*. Es posible entonces pensar que el adulto mayor se enfrenta a un cuerpo con modificaciones en su

esquema corporal y también en su imagen, llevándolo a afrontar una tarea psíquica de re – conocimiento y re – elaboración, a partir del cuerpo que ha sido y el cuerpo actual (Graciela Petriz, 2002).

“Tengo todo el deterioro de un cuerpo sin hormonas femeninas, y que lo tengo que aceptar, tengo una artrosis de acá hasta los pies, que tengo que hacer natación, que yo jamás lo pensé, si yo tengo pánico al agua. Y hoy lo hago porque el traumatólogo me dijo.....y hay veces que no puedo caminar, entonces bueno, hago natación.

Pero bueno, de todas maneras la paso bien, pero hay cosas que ya no las puedo Ya con mi artrosis no puedo subirme arriba de un árbol, me son cosas que me gusta hacer, soy traviesa, juguetona..... Yo tenía esa caracterización, pero la vida me llevó a esconder todo eso. Y bueno...” (Sara)

Si bien, ante la percepción del cuerpo envejecido, habrá tantas respuestas como sujetos existen, en función de los fines analíticos de este trabajo, se agruparán en dos grandes grupos: la elaboración psíquica como conciencia de finitud que permitiría la aceptación del nuevo cuerpo y la inclusión de éste en la creación de proyectos; o bien el rechazo del cuerpo envejecido limitando las posibilidades de crear proyectos acordes al tiempo que queda por vivir. Estas dos posibilidades equivalen a lo que Freud (1915) plantea en el texto “La transitoriedad”, en el que diferencia por un lado, la posibilidad de un trabajo de duelo frente a la percepción del transcurrir del tiempo en el cuerpo; y por otro, la “revuelta anímica contra el duelo” que podría dar lugar a una negación por parte del adulto mayor de la percepción de sí que genera dolor.

La “elección” de uno u otro camino, dependerá de la historia de cada sujeto y, consecuentemente, de la forma en que se ha constituido su psiquismo. Al respecto, Nasio (2008) plantea que la relación del cuerpo tiene que ver con la propia historia y con el intercambio con el Otro; “...esto supone vínculos afectivos y lingüísticos con el Otro, vínculos que moldean y dan forma a la imagen inconsciente del cuerpo”. Por su parte, Piera Aulagnier en “Construir(se) un pasado” (1991) alude al trabajo del aparato psíquico en función de la escena somática, la que impone el desarrollo de mecanismos tanto de aceptación, negociación, rechazo o desmentida, según la singularidad de la historia del individuo.

Esta tarea de elaboración a la que se enfrenta el adulto mayor refiere a la temporalidad, en tanto alude a una conciencia del tiempo “como personaje activo y con voluntad inagotable” (Zarebski et al, 2002) que cobra especial resonancia en la vejez, estableciéndose una relación íntima entre la

representación del cuerpo (imagen del cuerpo), y también desde la sensorialidad (esquema corporal).

Se plantea entonces un trabajo de re – significaciones a nivel de lo subjetivo, ya que el cuerpo supone un lugar de inscripción de lo inconsciente y una representación simbólica que el sujeto construye considerando su propio atravesamiento histórico, su devenir subjetivo.

En relación a la primera posibilidad de respuesta frente al cuerpo del anciano – en donde la elaboración psíquica posibilitaría la aceptación del nuevo cuerpo – se evidencia la tramitación de la irreversibilidad del tiempo y de sus efectos en el cuerpo y la incorporación de estos a los nuevos proyectos.

“...mis proyectos son para realizarlos ya. Yo pienso en un proyecto y también tengo limitaciones. Sé cuales son mis limitaciones. Porque a mi no se me va a ocurrir ir a aprender bailes clásicos, si bien la música clásica me gusta, me interesa. Sí puedo ir a una peña a bailar...” (Marité)

“.....me refiero a que la vejez no me gusta, la acepto que es distinto, no me pongo a llorar porque estoy vieja. Sé que hay cosas que ya están, no las puedo hacer, hay limitaciones físicas. Pero tengo un montón de cosas para hacer porque tengo la mente clara, puedo hacer un montón de cosas que antes no las hacía. Porque tenía la familia, por diferentes circunstancias. Y muchas cosas que quisiera que no puedo cumplir....a eso me refiero. Se que a veces si me proyecto me hace mal, porque sé lo que puede traer la vejez, deterioro físico, uno no puede contar mucho con la familia, porque la familia tiene sus problemas. (...) A eso me refiero, pero si me proyecto, me asusto. Entonces, acepto esta realidad y trato de no proyectarme.....y aceptarlo como un hecho real. Y dar gracias a Dios que llegué y cómo llegué”. (Sara).

Se podría hablar aquí de un “nuevo cuerpo” en tanto se logra metabolizar, procesar, transformar lo horrorizado de la imagen en un posible de placer.

Los desarrollos de Piera Aulagnier (1989) en relación a la adolescencia resultan pertinentes para pensar el proceso de envejecimiento. Esta autora plantea el trabajo de construcción y reconstrucción permanente de un pasado vivido como necesario para orientarse e invertir el presente. Es esta reconstrucción la que permitirá a la vez la articulación entre el tiempo en que se vive y el futuro que se anticipa. En un psiquismo en donde tal articulación tiene lugar, diremos, siguiendo a Aulagnier que los dos principios del funcionamiento psíquico, permanencia y cambio, se encuentran en “estado de alianza”.

De igual manera, la mirada de los otros supone un elemento que, al devolver una nueva representación corporal, promueve a la elaboración de un trabajo de

duelo, transformando la representación del cuerpo joven y resignificando el cuerpo envejecido. Es decir, que tanto la propia historia, como las relaciones intersubjetivas, son condición de posibilidad para que un sujeto pueda tomar el primer camino mencionado.

En cuanto al segundo camino planteado, se puede pensar la determinación que ejerce el imaginario social frente al cuerpo envejecido, ya que el concepto del cuerpo “productivo – joven” domina la política y el imaginario social construyendo, como sostiene Graciela Hierro (2005), “una perversa idea de cuerpo, de belleza y hasta de salud”. Esto puede evidenciarse en el envejeciente en términos de una desvalorización de sí y un rechazo hacia su propio cuerpo. Se exagera la valoración por los cuerpos jóvenes y se invisibiliza el cuerpo que no se inscribe en esta categoría.

El cuerpo se construye en la relación que el sujeto tiene con su realidad, al decir de Piera Aulagnier (1986) a la manera en que el sujeto oye, deforma o permanece sordo al discurso del conjunto. Es decir, cómo el sujeto metaboliza y, al mismo tiempo, contribuye a la producción del imaginario social del cuerpo de su época.

En consonancia con lo anterior, Ricardo Lacub (2007) sostiene que a partir de la violencia ejercida frente al cuerpo del adulto mayor, se producen reacciones que denotan mecanismos que se asocian a la noción de “yo placer purificado” planteado por Freud (1915), por el cual se toma para sí lo que resulta placentero y se expulsa lo displacentero. Según Lacub esta forma primitiva del yo se establece como estructura permanente en la conformación yoica y se traduce en el rechazo ante el cuerpo envejecido.

Se percibe entonces un cuerpo que se vivencia como ajeno, extraño como un elemento obstaculizante, que supone la discontinuidad con el “Yo soy” (Bongiorno, M., Canal, M., 1999). Esta discontinuidad es conceptualizada por D. Singer como “yo horror” en tanto drama del envejecimiento que marca las incongruencias entre lo percibido y lo vivido (Singer, 2002). Cuando no es posible asumir la discordancia inevitable entre el cuerpo que ha envejecido y la sensación de un cuerpo que no ha cambiado, no se asumen las reales imposibilidades que el cuerpo impone, llevando esto a un riesgo físico y/o psíquico (Zarebski, 2002).

La violencia de género frente al cuerpo del envejeciente.

Abrevando en las teorizaciones de Simone de Beauvoir: “nuestra cultura nos convierte en hombres y mujeres de acuerdo con lo que la cultura espera de

cada uno de los sexos”, se puede anudar esta idea con las maneras de asumir el cuerpo envejecido de manera diversa para el varón y la mujer.

El “ideal regulatorio” del cuerpo emerge de manera descarnada en la vejez. El cuerpo femenino asociado a la posibilidad de reproducción y a la mirada masculina que le confiere un status de objeto sexual, no puede responder a ninguno de los parámetros que le propone la sociedad para su género. Existe un significado cultural muy distinto en relación al envejecimiento en el hombre y la mujer que se explicita en la afirmación de Susan Sontag “mientras los hombres maduran, las mujeres envejecen”.

E: ¿Cuándo decís no me quiero poner una vieja, qué imagen se te viene?

H: De aspecto. A la mujer de la casa que por ahí no tiene más que hacer las cosas de la casa, estar adentro sin estar arreglada, sin estar moderna, en onda en pensamientos, en vestimentas. No es que la ropa sea importante, pero qué se yo que tu marido venga y te encuentre más o menos como están las mujeres de tu edad en la calle. No como las chicas de 40 pero no quiero estar como una mujer de 70, 80 años, en mi casa llena de ruleros, así desaliñada. No me gusta ese aspecto. (Hebe).

En cuanto al cuerpo en el varón, asociado a la potencia física, si bien esta idea lo inviste de mayor poder, también implica la invisibilización de lo que lo debilita, impidiendo expresar cualquier malestar o la disconformidad con el ideal de “varón”. De esta manera el vivenciar de la debilidad supone una feminización.

La forma en que se responde al ideal de cuerpo imperante tiene como correlato la invisibilización de diferentes formas de envejecer, lo cual responde a un modelo patriarcal y androcéntrico que supone la naturalización de determinadas relaciones de poder, a partir de la imposición de un imaginario colectivo, que implica como afirma Hierro “la universalización de actividades masculinas y sus modelos de comportamiento como representativos del conjunto de la especie humana distorsionando así la situación real de las mujeres y los procesos de desigualdad”.

Conclusión

La construcción de la imagen del cuerpo es un proceso psíquico continuo condicionado tanto por el imaginario histórico-social del mismo, como por la historia subjetiva propia –en este caso- del envejeciente. En el proceso de

envejecimiento, estos elementos pueden actuar favoreciendo u obstaculizando la elaboración de la representación del cuerpo envejecido. Tal elaboración resulta indispensable para la creación de proyectos acordes al tiempo que queda por vivir.

Al respecto, en las entrevistas realizadas es posible visualizar diversas estrategias que dan cuenta de la diversidad en la elaboración de la conciencia de finitud y el desarrollo de actividades que contemplan los cambios que se registran en el escenario del cuerpo, incorporando éstos a las nuevas posibilidades.

De esta manera, se evidencian estrategias que destacan las distintas potencialidades de los adultos mayores, ya sea adecuándose al nuevo cuerpo, como también asumiendo el propio deseo frente a los otros, ya sea sus pares u otros miembros de la constelación familiar. Llevando adelante proyectos posibles, en el cada vez más prolongado tiempo que queda por vivir.

“.....Yo pude recomponer mi parte orgánica. Tengo alguna artrosis pero la puedo manejar. He tenido rigidez matinal, cuando he estado muy mal, de acá (señala la cabeza), se agudiza, y yo me doy cuenta que hasta los dolores uno los puede aliviar estando bien anímicamente, es increíble. Se que me voy a morir, que no voy a estar más, que no voy a ser eterna, pero voy a tratar de extender mi calidad de vida”. (Sara).

Bibliografía

- Aulagnier, Piera (1991). Construir(se) un pasado. APdeBA. Vol. III. N°3.
- Aulagnier, Piera (1984). El aprendiz de historiador y el maestro brujo. Amorrortu Ed.
- Aulagnier, Piera (1984) Los dos principios del funcionamiento identificador: permanencia y cambio, en Horstein, Luis: et al: Cuerpo, Historia, Interpretación, Paidós Ed-1991
- Hauser, Silvia. (2000). Envejecimiento y género. Según pasan los años. Buenos Aires. UBA.
- Hierro, Graciela. (2003). La violencia moral contra las mujeres mayores. En http://creatividadfeminista.org/articulos/violencia_viejas.ht.
- Iacub, Ricardo. (2006). Erótica y vejez. Buenos Aires. Editorial Paidós.

- Iacub, Ricardo. (2007). El cuerpo externalizado o la violencia en la vejez. Revista Kairós de Psicogerontología V. 10 N° 1. Núcleo de Estudio e Pesquisa de envelhecimento. ISSN 1516-2567- San Pablo.
- Freud, Sigmund. (1916 [1915]). La transitoriedad. Tomo XIV. Amorrortu Ed.
- Nasio, Juan D. (2008). Mi cuerpo y sus imágenes. Buenos Aires. Editorial Paidós.
- Petriz, Graciela (comp.). (2002). Nuevas dimensiones del Envejecer. Teorizaciones desde la práctica. La Plata. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Petriz, Graciela. Delucca, Norma. (2000). "Cuerpo y devenir". En Barrionuevo, José (comp.). (2000). Acto y cuerpo en Psicoanálisis con niños y adolescente. Bs. As. Editorial JVE Psiqué.
- Slavsky, David. (1998). Cuerpo y envejecimiento. Ponencia presentada en el Seminario Virtual "Temas de psicogerontología".
- Singer, Diana. El cuerpo en la vejez, usos abusos desusos del soma a la fantasía. Vínculo, dic. 2007, vol.4, no.4, p.48-57. ISSN 1806-2490.
- Zarebski, Graciela. Et al. (2002). El cuerpo en la vejez: una mirada psicogerontológica. En Revista Actualidad Psicológica. Año XXVII. ISSN 0325-2590.